

Un hombre sale a primera hora de la mañana de una taberna del puerto, con el olor del mar en la nariz y una botella de whisky en el bolsillo, y se desliza ligero sobre los adoquines como un barco que se hace a la mar.

Enseguida se adentra en una tormenta, empieza a dar bordadas y trata desesperadamente de volver atrás. Ahora cualquier puerto le vendría bien.

Entra en otro bar.

Sale a flote reparado con astucia, pero de nuevo vuelve a verse en apuros. Esta vez va en serio: por poco lo atropella un tranvía, se da un cabezazo contra un muro y de bruces con un cubo de la basura en el que ha tirado una botella. Los transeúntes lo miran con curiosidad, unos furiosos, otros divertidos, algunos incluso con una rara avidez.

Esta vez se refugia en un callejón y se apoya

en la pared con un gesto de desánimo, como si intentara recordar algo.

La peregrinación empieza de nuevo, pero el curso es tan errático que parece que, más que intentando recordar, esté buscando algo. ¿O quizá es que, como el pobre gato que ha perdido un ojo en una refriega, busca sencillamente la vista?

El calor se eleva desde los adoquines como una fuerza poderosa, Nueva York gime y ruge por encima, a su alrededor, por debajo de él: unos pájaros blancos destellan en el aire trémulo, un puente cruza el río. Los carteles lo saludan conforme va pasando: *Lo mejor por menos, Romeo y Julieta, la más grande historia de amor de todos los tiempos, Entrada libre a cualquier hora del día, Cuando el dolor amenaza o es punzante...*

Entra en otra taberna, donde enseguida se pone a hablar de gente que nunca conoció y de lugares en los que nunca estuvo. Por la puerta abierta divisa el hospital, que se alza sobre el río. A su lado, unos derelictos arrogantes y con barba se inclinan sobre unas escupideras; todo parece indicar que tiene miedo a estos hombres. El sudor le inunda la cara. De las profundidades de la taberna llegan un gemido y el sonido de un tictac.

Fuera empieza otra vez la peregrinación, erra

de bar en bar como si buscara algo, pero sin perder de vista el hospital, como si los bares no fueran más que puntos de la circunferencia que va trazando. En una calle que discurre paralela a los muelles y en la que suena una campana, se detiene; una vieja espantosa cuyo velo negro cubre sólo parte de su cara devastada se afana por echar una carta en el buzón, lo intenta una y otra vez sin conseguirlo, hasta que al final la echa con unas manos temblorosas que en modo alguno parecen manos.

Se le ocurre una idea extraña: esa carta es para él. Bebe un trago de su botella.

En el tren elevado sopla un viento celestial y se disfruta de las vistas sobre el río, pero él camina como si pasara por encima de los obstáculos, o como Ahab, tambaleándose de un lado a otro del puente mientras el barco se escora, «con la sensación de que con su mirada abarcaba océanos de los que podría surgir ese fantasma destructor de sí mismo».

Abajo, en la calle, hace un calor de mil demonios. Titulares de los tabloides: *Miles de personas desfallecen por la ola de calor. Centenares de muertos. Roosevelt llama al orden a los belicistas. Guerra Civil en España.*

Se detiene una vez en una iglesia, mueve los

labios como en una suerte de plegaria. Dentro se está fresco: en todas las paredes hay cuadros con escenas del calvario. No parece que nadie lo esté mirando. Beber en las iglesias le gusta especialmente.

Pero luego llega a un sitio que no tiene nada que ver con una iglesia.

Se trata del hospital: lleva todo el día dando vueltas a su alrededor; ahora se yergue frente a él más cerca que nunca. Ése es su destino. Se lleva la botella a la boca y le da un último trago, largo: las gotas le resbalan por el cuello, mezclándose con el sudor.

–Quiero oír la canción de los negros –grita–. *Vent-on que je disparaisse, que je plonge, à la recherche de l’anneau...* ¡Me han enviado para salvar a mi padre, para encontrar a mi hijo, para curar el horror eterno de los tres, para resolver el horror incurable de los contrarios!

Con el crujido vacilante de un barco que encalla en las rocas, la puerta se cierra tras él.